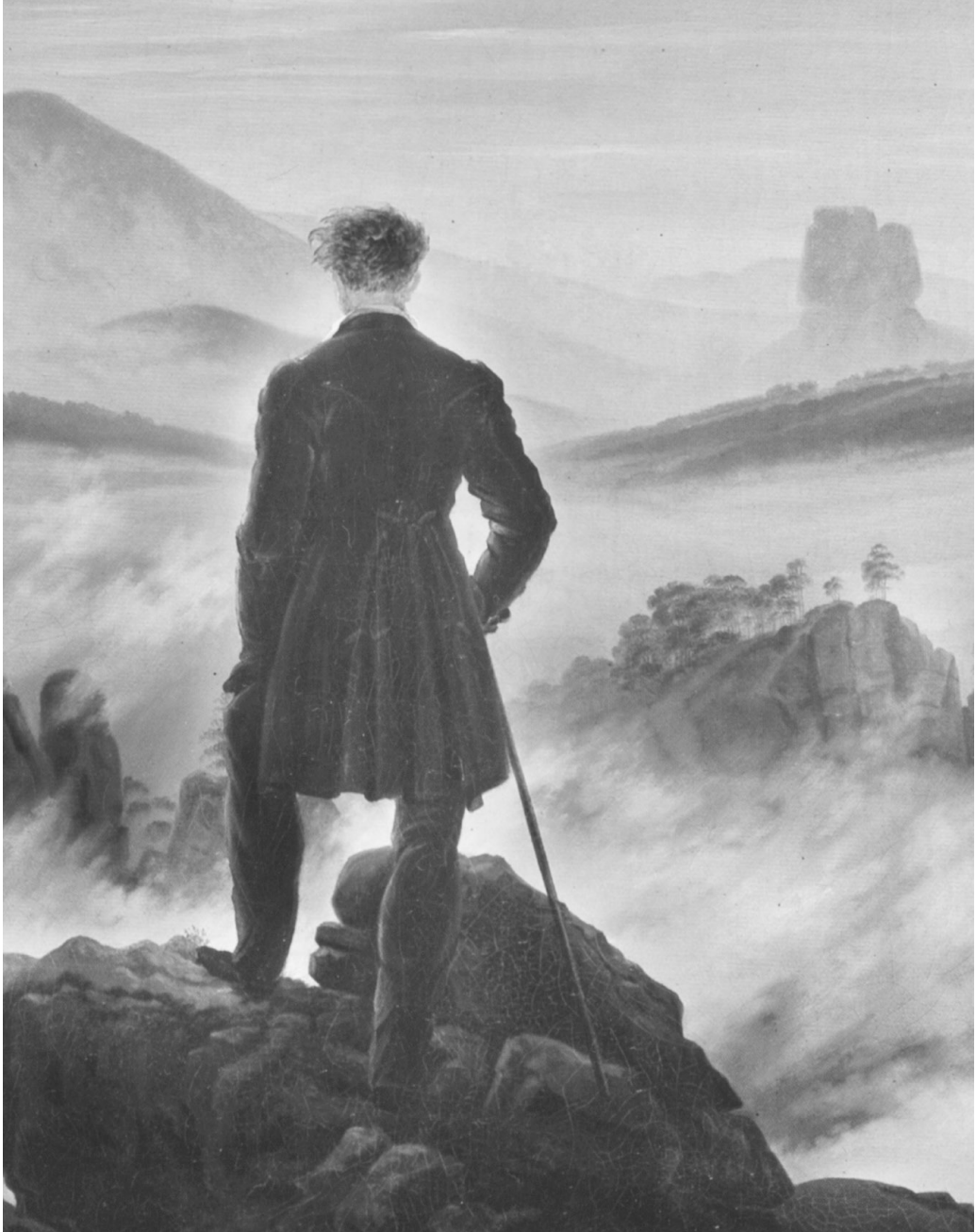


Introducción

Schiller: poeta y filósofo*

Der Wanderer über dem Nebelmeer, um 1818, Öl auf Leinwand, 94,8 x 74,8 cm. Hamburg, Kunsthalle.



Introducción a Schiller

Friedrich Schiller

En aquel entonces, en la maravillosa aurora de las fuerzas espirituales, la sensibilidad y el espíritu no poseían aún campos de acción estrictamente diferenciados. La poesía no coqueteaba aún con el ingenio, y la especulación filosófica todavía no se había envilecido con sofismas. En caso de necesidad, poesía y filosofía podían intercambiar sus funciones, porque ambas, cada una a su manera, hacían honor a la verdad.

Cartas sobre la educación estética del hombre, "Carta sexta".

1. Vida y obra

Schiller nació el 10 de noviembre de 1759 en Marbach, Wurttemberg (Alemania). Su padre era cirujano militar del Duque de Wurttemberg, por lo que, a pesar de sus deseos de estudiar teología, tuvo que ingresar a la academia militar del duque, la Karlschule, para estudiar derecho, y luego viajar a Stuttgart a estudiar medicina. De sus estudios de medicina nos quedan su disertación sobre la *Filosofía de la fisiología* y su trabajo de grado *Ensayo sobre la relación de la naturaleza animal con la naturaleza espiritual en el hombre*. Ya allí, como en sus escritos filosóficos posteriores, Schiller comenzaría a mostrar su preocupación por comprender al hombre como una unidad de mente y cuerpo, pensamiento e inclinaciones, racionalidad y sensibilidad; preocupación que se transformaría en el motor de sus reflexiones estéticas y en el punto de partida de sus críticas a la Ilustración.

Desde joven, Schiller había empezado a escribir sus primeros intentos de dramas -el primero, de hecho, a los 13 años-, pero el primero en ser puesto en escena -convirtiéndose pronto, además, en un gran éxito- fue *Los bandidos* en 1781, a sus 22 años de edad. Le seguirían *La conjuración de Fiesco*, *Intriga y amor* (1783) y, el más importante de esta primera época de producción dramática, *Don Carlos* (1787), en el que Schiller se preocupaba por mostrar la tensión entre los ideales juveniles y las ansias de transformar el mundo, por un lado, y sugerir el peso agobiante de las instituciones políticas, por el otro. El Schiller maduro será crítico de ambas instancias. Tanto la acción irreflexiva como la ausencia completa de acción y la acogida sin más de la tradición, serán caminos que no conducirán al hombre, en opinión de Schiller, a la instauración de una verdadera cultura, es decir, aquella en la que los ciudadanos son libres por su propia voluntad, y donde la ley y la libertad no tienen que aparecer como imperativos. Por estas mismas razones, Schiller será un crítico profundo del peso de las instituciones en Alemania -como lo serían después todos los jóvenes de la generación romántica en su etapa de entusiasmo revolucionario- y uno de los primeros autores alemanes en criticar fuertemente a la Revolución francesa, la cual se le aparecería desde sus comienzos como el signo más claro de la barbarie moderna: la imposición violenta de las ideas sobre una realidad que no está lista para recibirlas. Podría decirse que Schiller inaugura en Alemania, en este sentido, un tipo de pensamiento político reaccionario a la Revolución, pero no obstante defensor de una tradición liberal, al estilo de Burke en Inglaterra. Su ideal de una educación estética será el núcleo de esta propuesta alternativa schilleriana.

También desde temprano comenzó a escribir ensayos filosóficos. La más conocida de estas primeras reflexiones será *La teosofía de Julius*, también conocida

como las *Cartas filosóficas*, en donde Schiller expresa una visión de la naturaleza muy cercana a la del Goethe de la época, y muy influida sobre todo por Shaftesbury, y por el expresionismo y el *Sturm und Drang* alemanes. La ontología de estas primeras reflexiones será, sin embargo, abandonada poco a poco a cambio de un giro progresivo hacia preocupaciones principalmente antropológicas y cada vez menos metafísicas. Tal giro se llevará a cabo en lo que constituye el cuerpo principal de sus escritos filosóficos, aquellos producidos entre 1791 y 1796, tras la lectura de las críticas kantianas, y coincidentes con los cursos sobre estética que dictaría en la Universidad de Jena desde finales de 1791. Estos textos, en su mayoría, responderán a la necesidad que Schiller sentirá de dejar de producir por algún tiempo y dedicarse a reflexionar sobre su propia tarea como artista dentro de una sociedad como la alemana del momento. Escribirá así (nombro aquí sólo algunos) las cartas a Körner sobre la analítica de la belleza -su primer borrador, nunca terminado, de un tratado sobre estética- y el ensayo *Sobre la gracia y la dignidad* (1792), en respuesta a la filosofía práctica kantiana, si bien a partir del desarrollo de muchos elementos de la *Crítica del juicio*. Le seguirán algunos escritos sobre la tragedia, *Sobre lo patético* (1793), *Sobre lo sublime* (1793) y *Sobre la importancia del coro en la tragedia*, entre otros. Vendrán finalmente las *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795) y *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* (1796), sus escritos filosóficos más conocidos.

Las reflexiones filosóficas schillerianas influirían de manera definitiva en el desarrollo de la filosofía alemana de finales de s. XVIII y principios del s. XIX. Los románticos e idealistas alemanes serán sus grandes admiradores. Hölderlin se lo manifestaría en una de las cartas a quien consideraba su maestro:

Usted hace feliz a un pueblo entero y probablemente raras veces repara en ello. Por este motivo, tal vez no le parecerá fútil del todo ver surgir, en alguien que le honra totalmente, una nueva alegría de vivir.¹

No sobra tampoco citar aquí lo que diría el Hegel de las *Lecciones sobre estética* acerca de Schiller, ya que resume muy bien el sentimiento que toda esta joven generación de pensadores y poetas alemanes profesaría por el dramaturgo:

Debe concedérsele a Schiller el gran mérito de haber quebrantado la subjetividad y la abstracción kantianas del pensamiento y, más allá de ellas, haberse atrevido a intentar comprender mediante el pensamiento la unidad y la reconciliación como lo verdadero, y a realizarlas efectivamente de modo artístico.²

La década anterior a su muerte -que hoy conmemoramos³- en 1805, la dedicó Schiller principalmente a sus últimos dramas, posteriores a, e influidos de manera definitiva por sus reflexiones filosóficas. En ellos, Schiller encarnará en

personajes históricos las ideas que había deseado siempre ver realizadas en la historia. Hay, sin embargo, una discusión con respecto a la intención del autor en esta puesta en escena: están quienes creen que los últimos dramas schillerianos, al contrario de mostrar poéticamente las posibilidades de la realidad por venir, no hacen otra cosa que encarnar el desencanto producido en el autor por la constatación de la imposibilidad de realización del ideal. Esta actitud desencantada del Schiller tardío habría quedado muy bien resumida en uno de sus últimos versos: “la libertad no existe más que en el imperio de los sueños”. Sin embargo, y en medio de su escepticismo con respecto a las posibilidades que la realidad misma podía ofrecer, los dramas tardíos muestran también a ese Schiller de las *Cartas sobre la educación estética del hombre*, esperanzado en la posibilidad de una regeneración de la humanidad como un proyecto por realizar. Entre estos dramas tardíos se encuentran la trilogía de *Wallenstein* (1799), *María Estuardo* (1800), *La Doncella de Orleans* (1801) y *Guillermo Tell* (1803).

Están también -aunque en general menos estudiados por la bibliografía secundaria- sus escritos sobre historia, producidos durante el tiempo en que fue profesor de historia en la Universidad de Jena (desde 1788): *¿Qué es y con qué fin debe estudiarse la historia universal?*, *Historia de la guerra de los treinta años* e *Historia de la insurrección de los países bajos* son los principales.

Cabe resaltar, por último, su relación con Goethe. Empezaría a mantener correspondencia con el poeta, a quien conocería personalmente en 1788, desde finales 1794, pero su relación más estrecha se daría a partir de 1795. Finalmente, en 1799, Schiller se mudaría a Weimar para estar cerca de él. Fueron grandes amigos, las ideas de cada uno influyeron de manera definitiva sobre el otro: Goethe fortalecería en Schiller el gusto por los Antiguos y algunas visiones ontológicas de la naturaleza entendida como el “alma del mundo”; Schiller, por su lado, llevaría a Goethe a reflexionar sobre el arte mismo de la poesía y a pensar en las posibilidades de la experiencia estética para la vida. Juntos escribirían las *Xenien*, epigramas atacando la pedantería literaria. Desde el punto de vista de la historia de la literatura, se les considera los dos grandes poetas y dramaturgos del Clasicismo de Weimar, y dos de los representantes del *Sturm und Drang* alemán.

2. El pensamiento de Schiller: sus preguntas y preocupaciones

Las preguntas que marcaron la búsqueda poética y filosófica de Schiller están presentes en todas sus producciones: las relaciones políticas entre los hombres, la situación del hombre moderno, la nostalgia por la Antigüedad y, por encima de todas ellas, como se lo diría Goethe a Eckermann en una de sus conversaciones, la instauración de la libertad. Tanto la poesía como la filosofía serían los

espacios en los que Schiller dejaría desarrollado su pensamiento. Porque Schiller fue, ante todo, un filósofo poeta, un poeta filósofo. La unión entre ambos ámbitos del espíritu no se dio en él de manera casual: configuró una manera especial de transmitir sus ideas, tanto desde sus creaciones poéticas como desde sus reflexiones estéticas. Sus dramas y poesías no son así más que otra manera de pensar la realidad, y sus reflexiones filosóficas están escritas no con el talante del filósofo sistemático que busca fundar de manera definitiva su sistema completo, sino con la inspiración del poeta, que busca poner en conceptos lo que ya de alguna manera intuye en su obra artística. Para Schiller, la tarea del filósofo coincide con la del artista: ambos deben buscar transformar al hombre en el mundo, hacer del mundo un espacio en el que el hombre realice su libertad.

El Schiller poeta. La poesía temprana de Schiller está marcada por una nostalgia por la Antigüedad. Tal nostalgia, como la palabra misma lo denota, no es simplemente anhelo de regreso a la patria perdida, sino conciencia de que esa pérdida es irre recuperable. El dolor de la pérdida queda expresado en algunos de sus mejores poemas:

Cuando aún gobernabais el bello universo
estirpe sagrada, y conducíais hacia la alegría
a los ligeros caminantes,
¡bellos seres del país legendario! [...]
¡qué distinto, qué distinto era todo entonces [...]!

Cuando el velo encantado de la poesía
aún envolvía graciosamente a la verdad,
por medio de la creación se desbordaba la plenitud de la vida
y sentía lo que nunca más habrá de sentir. [...]
Todo ofrecía a la mirada iniciada,
todo, la huella de un dios.

Donde ahora, como dicen nuestros sabios,
sólo gira una bola de fuego inanimada,
conducía entonces su carruaje dorado
Helios con serena majestad. [...]

Hermoso mundo, ¿dónde estás? ¡Vuelve,
amable apogeo de la naturaleza!
Ay, sólo en el país encantado de la poesía
habita aún tu huella fabulosa.
El campo despoblado se entristece,
ninguna divinidad se ofrece a mi mirada,
de aquella imagen cálida de vida
sólo quedan las sombras.

[...]

Ociosos retornaron los dioses a su hogar,
el país de la poesía, inútiles en un mundo que,
crecido bajo su tutela,
se mantiene por su propia inercia.

Sí, retornaron al hogar, y se llevaron consigo
todo lo bello, todo lo grande,
todos los colores, todos los tonos de la vida,
y sólo nos quedó la palabra sin alma.
Arrancados del curso del tiempo, flotan
a salvo en las alturas del Pindo;
lo que ha de vivir inmortal en el canto,
debe perecer en la vida.⁴

Esta nostalgia, nostalgia por la belleza, por la unidad representada por la cultura clásica -unidad entre sensibilidad y razón, entre naturaleza y libertad: tales serán las dicotomías características de la modernidad para Schiller-, será el impulso, por un lado, que configurará su pensamiento filosófico, y traerá consigo, por otro, la esperanza en la relación especial del arte -guardián de la belleza- con dicha verdadera unidad perdida en la historia. Para Schiller, el arte, en especial la poesía y el drama, tendrá una relación especial con la verdad:

“¡Tomad la tierra!”, gritó Zeus desde sus alturas
a los hombres. “¡Tomadla, ha de ser vuestra!”
Os la regalo en herencia y feudo perpetuo,
mas repartíosla fraternalmente”.

Todo el que tenía manos se dispuso apresuradamente,
jóvenes y viejos se movieron.
El labrador cogió los frutos del campo,
el hidalgo irrumpió en el bosque.

El comerciante tomó cuanto cabía en sus almacenes,
el abad escogió el noble vino añejo,
el rey cerró los puentes y las calles
y dijo: “El diezmo es para mí”.

Muy tarde, cuando hacía tiempo el reparto había tenido lugar,
volvió el poeta, que venía de muy lejos;
ya no queda nada en ningún sitio,
y todo tiene su señor.

“¡Ay de mí!, ¿he de ser yo el único olvidado,
yo, tu hijo más fiel?”
Así hizo resonar su grito de queja
y se postró ante el trono de Jove.

“Si te demoraste en el país de los sueños,
respondió el dios, no te enojas conmigo.
¿Dónde estabas cuando se repartió la tierra?”
“Yo estaba, dijo el poeta, junto a ti.

Mi vista estaba pendiente de tu rostro
y mi oído de la armonía de tu cielo.
Perdona al espíritu que, extasiado
ante tu luz, perdió lo terreno”.

“¿Qué hacer?”, dijo Zeus, “el mundo está ya entregado,
la cosecha, la caza, el mercado ya no son míos.
¿Quieres vivir conmigo en mi cielo?:
tantas veces como vengas, estará abierto para ti.”⁵

Para el Schiller poeta, el arte es el continuador de la labor creadora de la naturaleza; en él permanecen aún los destellos de la armonía encarnada en un pasado griego. El arte -sobre todo la poesía- es el encargado de salvaguardar, para el presente, la unidad contenida y representada en la belleza. Es capaz de hacer visible lo invisible, de llevar a cabo una representación de lo suprasensible, haciendo compatibles en el hombre la sensibilidad y la razón, y más allá de ello, haciendo compatibles la labor creadora del artista con la espontaneidad de la naturaleza, en el encuentro especial llevado a cabo entre ambas en la obra de arte. El arte hace posible aquello que pone en escena, le abre las posibilidades de lo real, al hacer visibles las ideas, al verlas realizadas en el ámbito de lo sensible. El espacio de lo estético, el lugar de la aparición de lo suprasensible en el mundo, contiene en sí mismo las posibilidades de lo real. La ilusión estética es el ámbito del juego, pero de un juego que termina dándole sentido a la realidad.

El Schiller filósofo. Schiller manifestaba cierta prevención frente a la filosofía metafísica, ocupada de ver el mundo solamente desde afuera, desde la imposición de los conceptos de la razón:

“¡Qué profundo yace el mundo a mis pies!
Apenas veo cómo se agitan abajo los hombres minúsculos.
¡Cómo me eleva mi arte, la más bella de las artes,
a la bóveda del cielo!”
Así exclama desde la altura de su torre
el pizarrero, así el pequeño gran hombre
Hans el metafísico, en su escritorio.
Dime, pequeño gran hombre: la torre desde la que tan altivo divisas
¿de qué está hecha? ¿sobre qué está construida?
¿cómo has accedido a ella? Y su calva atalaya,
¿de qué te sirve, sino para mirar el valle?⁶

Pero su rechazo frente a un tipo de filosofía que se proclama, desde la razón, dueña y señora del mundo, al contrario de conducir al abandono absoluto de la filosofía y al refugio en la poesía, impulsó las más creativas reflexiones filosóficas. Schiller recuperará en sus escritos filosóficos la preocupación primordial de la filosofía: la pregunta por cómo debemos vivir, orientada, en su caso, a la pregunta por cómo el arte y la estética en general ayudan en esa tarea. Pretenderá, desde la filosofía, lo mismo que su poesía anunciaba en el canto: la presentación de la idea de un futuro en el que verdad y arte, naturaleza y libertad, vayan de la mano; la constatación de la posibilidad de instituir una nueva cultura que abra las puertas al hombre sensible tanto como al racional, y los conjugue en el ciudadano, **libre en** su estado estético, como lo propondrá finalmente en las *Cartas sobre la educación estética del hombre*.

Anunciando las preocupaciones del romanticismo por venir, y la fundación de una “nueva mitología” a través de la comunión del arte con la filosofía, los escritos de Schiller no sólo plantearán la pregunta por la relación entre ambos ámbitos del espíritu, poesía y filosofía, y se dedicarán a mostrar la pertinencia de la estética para la educación del hombre para lo político -tal y como lo reclamaba Platón-, sino que pondrán en escena la confluencia de ambas perspectivas: en sus escritos filosóficos se verá cómo el Schiller poeta se enfrenta una y otra vez, reacciona y busca conciliarse con el Schiller filósofo. El artista, el dramaturgo, aparece dialogando con el pensador crítico: la nostalgia impulsora de la creatividad del primero busca ser formulada a través de las reflexiones del segundo, haciendo de cada uno de los textos una búsqueda permanente de la resolución de un drama personal, y convirtiendo al lector en un espectador más de dicha representación dramática.

Todo esto se da, además, en un movimiento permanente de lo uno a lo otro, describiendo un proceso de pensamiento siempre en evolución. Los textos de Schiller no son nunca el resultado terminado de sus reflexiones. Son más bien la exposición del proceso completo, el ir y venir de la razón a la sensibilidad, y de la sensibilidad a la razón, el diálogo que establece consigo mismo un autor que está más preocupado por hacer evidentes las dificultades, que por dar soluciones definitivas a las preguntas planteadas. Schiller no es, en absoluto, un autor sistemático. La mayoría de sus escritos son concebidos como ejercicios filosóficos, ensayos racionales llevados a cabo por un artista acostumbrado a utilizar el lenguaje desde su función poética antes que instrumental. Las palabras no describen el resultado de una experiencia: son la experiencia misma recreada, relatada para otros, puesta en movimiento en el proceso de su propia narración.

Dicha ambigüedad de los textos schillerianos explica la dificultad que se tiene

algunas veces con su lectura, pero representa, a la vez, la riqueza de sus propósitos. Schiller entiende y aprecia los esfuerzos de la filosofía por buscar los fundamentos de la libertad del hombre y de sus relaciones con el mundo y con los otros, pero se resiente ante el papel secundario que en dicha labor se le atribuye al arte. Pero como artista, Schiller confía en el acceso del arte a la verdad -entendida ésta como acontecimiento, como desencubrimiento del mundo, más que como una verdad estática que espera ser descubierta- y en su capacidad de transformación, por ello reclama para él algo más allá del mero decoro, del mero formalismo al que parece condenarlo la estética kantiana.

El objetivo de Schiller fue así, siguiendo, como Goethe, la tradición del expresionismo alemán de mediados del s. XVIII y la influencia del *Sturm und Drang* y la *Vereinigungsphilosophie*, traer de vuelta al arte -a la perspectiva poética, a la sensibilidad- como parte integral y necesaria que es en nuestras relaciones con el mundo, como configuradora de nuestro pensamiento y comportamiento moral, y educadora de nuestra situación política. El Schiller dramaturgo, amigo de Goethe y poeta del clasicismo alemán, se combina de esta manera con el lector y admirador profundo de la filosofía kantiana, para dar lugar a una propuesta estética original, digna de ser estudiada, y precursora del idealismo y romanticismo alemanes de finales del s. XVIII en Alemania.

María del Rosario Acosta López

Notas

* El presente texto fue leído en la inauguración del coloquio celebrado en la Universidad Nacional de Colombia en homenaje a Friedrich Schiller a los 200 años de su muerte.

¹ (1990) “Hölderlin a Schiller, 2 de junio, 1802”. En: *Correspondencia complet* (trad. Helena Cortés Gabaudán). Madrid: Hiperión.

² (1989) *Lecciones sobre la estética* (trad. Alfredo Brotons Muñoz). Madrid: Akal.

³ 23 de mayo de 2005.

⁴ (1998) Schiller, Friedrich. “Los dioses de Grecia”. En: *Poesía filosófica* (trad. Daniel Innerarity). Madrid: Hiperión.

⁵ (1998) “La repartición de la tierra”.

⁶ (1998) “El metafísico”.